

El Candado Roto

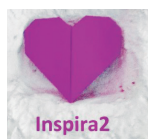
Claire Martín Hernández

Eres una persona nerviosa, ¿verdad? Te comes las uñas.” Esta frase sonó como un latigazo en mi cabeza. Tengo miedo. Y me pongo a pensar. Cuanto más pienso, más miedo tengo. Me da miedo este mundo, el mañana, el deterioro social, me da miedo esta vida que me espera y que puede convertirme en un ser miserable. Aún más que el que soy ahora. Me da miedo el pasado, el que se amontona y me obstruye el paso, me da miedo lo que me hubiera gustado ser y de lo que me alejo cada día un poco más, esta fe en la vida y sus momentos de felicidad que parecen haberme abandonado para siempre. Me da miedo olvidar. Olvidar lo importante, los sentimientos, el amor. Miedo a enfriar, dejar de sentir, experimentar, emocionarme, dejarme llevar, vibrar. Me da miedo lo que soy. Una loba solitaria sin voz, sin meta, contradictoria y cerrada. Me da miedo haber perdido la llave. Miedo de mi misma y de mi incapacidad a abrir mis puertas, miedo de mis excesos y obsesiones. Miedo de no saber ya quién soy, de no entender los por qué y los cómo.

Me da miedo morir en el olvido. Sin dejar nada detrás, morir en la indiferencia y el silencio. Atropellada por un coche en un parque o en otro sitio dentro de la gran ciudad. Nadie se enteraría.

No me hizo falta más de un segundo después de esta frase pronunciada por mi médico, ya volvían a aparecer los viejos demonios que pensaba encerrados en su fuerte. Los veía perfectamente, del otro lado de esta vieja puerta de madera, toda rasca-da, comida por el agua y el tiempo. Los veía en esta sala pequeña, tenían pinta de pasárselo bien en la mesa de póker llena de polvo. Lo que me sorprendía era hasta qué punto mi presencia les dejaba indiferentes. Pensaba que eran tan potentes que tenían esta capacidad para evitar las emociones. La indiferencia es el peor de los insultos.

Salí de la consulta con una receta. Un jarabe contra la tos y dos días de baja con reposo forzado. Nada del otro mundo. Mi médico me había despedido, una mano paternal en mi hombro. Con el papel en



la mano, empecé a andar por la calle frente al viento, intentando evitar los peatones que iban en sentido contrario. Se había convertido en un juego. Se trataba de mantener cierta velocidad mientras evitaba tocar a la gente. Uno de los objetivos también era que la gente no me insultara en caso de golpe. Porque a veces me daba, y podía ser bastante violento.

De repente me desvié demasiado hacia la izquierda y la fuerza del impulso me propulsó contra una marquesina que mis radares inconscientes no habían calculado correctamente. En la colisión, crucé una mirada furtiva. Con la velocidad, no me detuve en la estética, pero esta mirada, esta intensidad, este resplandor se imprimió inmediatamente en mi cerebro en la casilla “No olvidar nunca”. Archivo guardado. Imagen grabada. Probablemente haya sido un proceso muy sencillo para mis neuronas porque ya tenía esta imagen registrada en mi disco duro. La misma que dice “aquí estoy, tranquila” o “te entiendo, confía en mí”, ésta que llama directamente al corazón y se engancha como una sanguijuela sedienta. Me perseguía. O quizás la acosaba yo, con tanta insistencia que siempre acababa apareciendo de nuevo por la calle.

El flujo volvió a lo suyo, con sus idas y venidas, estas corrientes de cuerpos que recordaban las de un rebaño obedeciendo a los ladridos del perro. ¿Dónde estaba? ¿Era esto el tiempo? ¿O la felicidad? Un concepto que nos hacía correr y correr. Correr detrás de un punto en el infinito que no tenía ni forma, ni sustancia, ni olor. A lo mejor el de un café caliente nada más despertarse. Pero primero había que pasar la noche.

Mi cuerpo fue proyectado entre la multitud y el cristal. Game over.

Había visto una chispa, había sentido como el crujido de una cerilla en los rizos de mi pelo. A lo mejor estaba prendiéndome fuego. Me rodeaba un olor a tarta, esta dulzura de las tardes cuando volvía a casa después de las clases, cansada pero libre. La libertad olía a un trozo de tarta de almendras, reconfortante y viva, lleno de carácter.

Me levanté como pude, recogí mi bolso, mi gorro que había volado, y caminé a paso de tortuga hacia el primer lugar vacío a mi alcance, una cafetería acogedora con viejo empapelado de flores amarilleadas. Nada más empujar la puerta chirriante, entré en un espacio con sillas y mesas de madera, cada una con su tiesto de colores y sus margaritas, lámparas con pantallas de los años treinta, y unos libros apilados en un rincón que parecían mirar hacia la misma pizarra negra que adornaba la pared de enfrente, como si estuviera dando clase en un aula sin alumnos.

¿Me había desmayado? Puede que unos minutos. Me venían imágenes, relámpagos en la cabeza. Estaba temblando como una hoja de otoño a merced del viento, impactada físicamente sobre todo por mi estupidez derivada de mi gusto por estos juegos extraños que ponían claramente en riesgo mi integridad corporal. Como si tuviera que pagar de alguna manera la adrenalina imposible de conseguir de otra forma en esta vida monótona. Todo tiene su precio y si nos es imposible pagar con dinero, con algo se tendrá que pagar, aunque sea con nuestra salud. Pagar con mi vida para quedar viva. Sobrevivir al coste de la vida.

Mis manos enrojecidas por el frío aterrizaron en la barra de madera. “Un té negro con leche, por favor”. La taza enorme delante de mí al lado de unas revistas de arte y literatura desprendía el mismo humo dulce

que el que por las madrugadas nos ayuda a despertarnos. Los dedos pegados alrededor, entré en fase de recuperación vital de mis sentidos devolviendo a mi cuerpo el calor que necesitaba para seguir funcionando correctamente. Sólo en este momento percibí presencias detrás de mí. La cafetería no estaba vacía en absoluto. Poco a poco, los seres empezaron a llenar el sitio, alzando el nivel sonoro, mientras penetraba sin darme cuenta en estos fragmentos de vida cotidiana robados.

No me había quitado el abrigo y seguía helada hasta los huesos. Como no conseguía entrar en calor, en un gesto mecánico, puse mis manos en los bolsillos de mi abrigo. Casi instantáneamente me di cuenta de que el sobre ya no estaba. Los bolsillos estaban vacíos. Los dos. Mi corazón volvió a acelerar, empecé a buscar en mi bolso, abriendo y cerrando todas las cremalleras, una y otra vez, pero no, no estaba. Desaparecido.

El pánico me había transportado. Ya no me acordaba cómo había podido llegar hasta ahí. El autobús seguramente. Mi memoria inmediata parecía un profundo agujero negro. Me había puesto a correr en la calle vacía. Subí una calle a la derecha y luego la siguiente a la izquierda. Llegué delante de la puerta del edificio de mi casa, sin aliento. Ahí, sofocando, busqué las llaves en mis bolsillos. Temblando, conseguí abrir la puerta a pesar de las palpitaciones incesantes que resonaban hasta en mis falangetas. Mis pasos

respondían a los latidos de mi corazón mientras subía las escaleras de dos en dos. Tercer piso, segunda puerta a abrir y la imagen de este trozo de papel surgió en mi cabeza. El picaporte que intentaba desbloquear se deslizaba entre mis manos húmedas. La llave no entraba en esta cerradura. No, era la llave del antirrobo de la bici. En un subidón de adrenalina, por fin abrí la puerta y me precipité en la habitación. Al lado de mi cama, sobre la mesita, encima de un libro medio abierto, ahí se encontraba el sobre amarilleado y con manchas de café. No se había movido. De todas formas, ¿cómo hubiera podido moverse? Me senté en la cama, y tendí mi mano insegura para tocarlo y darme cuenta de que no estaba soñando. Lentamente, lo abrí, y leí por ducentésima vez. Pruebas neurológicas, diagnóstico, tumor intracraneal maligno. Las letras negras bailaban en mi cerebro.

Poco a poco mi cuerpo se relajó. Un dulce calor subía a mi cabeza, sumergiendo mis ojos. Unas lágrimas calientes empezaron a correr sobre mis mejillas. Me levanté el pelo sin frotarme los ojos. Esta sensación me gustaba porque notaba cómo mi cuerpo se iba purificando. En medio de la noche silenciosa, me deslicé en las sábanas blancas y frías. En un largo suspiro, por fin encontré el sueño. La oscuridad había tomado el control de esta habitación de almas abandonadas y los coches dormían abajo en la calle. En el silencio, sobre mi rostro, las lágrimas empezaban a secarse.